

Vivir

La existencia real del vidente de Guadalupe, al que el Papa canonizará el miércoles, separa a los historiadores y la jerarquía de la Iglesia mexicana

Juan Diego, ¿el santo que nunca existió?

LUIS ALFONSO GÁMEZ BILBAO

«En vías de canonización, se encuentra más un mito y un símbolo que un ser de carne y hueso», ha dicho el padre Manuel Olimón. Profesor de la Universidad Pontificia de México, ha publicado en su país 'La búsqueda de Juan Diego' (Plaza & Janés, 2002), un libro escrito desde «la convicción de que la mayoría de edad de los católicos mexicanos exige el tratamiento abierto y serio» de la historicidad del vidente al que, según la leyenda, se apareció la Virgen en el cerro del Tepeyac en 1531. Olimón es uno de los historiadores que, dentro y fuera de la Iglesia, ven con preocupación la canonización de Juan Diego.

Será el miércoles cuando Juan Pablo II eleve a los altares en calidad de santo —fue beatificado en 1990— a un indio de cuya existencia «no hay pruebas históricas», afirma David Brading. El catedrático de la Universidad de Cambridge destaca que, a pesar de que la primera referencia a la imagen que se adora en la basílica de Guadalupe data de 1555 ó 1556, el vidente no entra en escena hasta mediados del siglo XVII. «Hasta 1648, no se sabe nada de Juan Diego», coincide desde Los Ángeles el sacerdote e historiador Stafford Poole. Es entonces cuando el presbítero criollo Miguel Sánchez habla por primera vez del indígena y de las apariciones en su libro 'Imagen de la Virgen María'.

Las fuentes históricas

«La de Sánchez es una obra en español y llena de citas. No estamos ante un cuento piadoso, sino ante un libro de teología en el que se encuentra toda la tradición guadalupana», explica Brading. Un año después, en 1649, se publica otra obra cuya parte central, conocida como 'Nican mopohua', cuenta los mismos hechos. Se trata de un refundido, esta vez en náhuatl, de lo narrado por Sánchez que se atribuye al sacerdote criollo Luis Laso de la Vega. El estilo resulta «sencillo, pero muy atrayente», asegura el ex direc-

«El silencio del obispo Zumárraga es muy significativo», indica el historiador Stafford Poole

«Moisés baja del Sinaí con las Tablas de la Ley; Juan Diego, del Tepeyac con las flores», dice David Brading

tor del Centro de Estudios Latinoamericanos de Cambridge.

La historia es, en ambas obras, la misma. En diciembre de 1531, diez años después de la conquista de lo que hoy es la ciudad de México por Hernán Cortés, Juan Diego, un indio convertido al cristianismo, pasaba por el Tepeyac cuando se le apareció la Virgen y le pidió que se le consagrara un templo en el cerro. Al contárselo a fray Juan de Zumárraga, el franciscano y primer obispo de Nueva España no le creyó y exigió pruebas. El indio vio varias veces a la Virgen y, en la última, ésta le dijo que recogiera flores en su manto. Cuando Juan Diego regresó a casa del obispo y le enseñó las rosas, al desplegarse la tela, apareció la imagen de la Virgen. La misma que, según la tradición, se venera en la basílica guadalupana, el segundo santuario de la cristiandad tras San Pedro del Vaticano.

Entre 1531 y 1648, hay un gran vacío documental respecto a las apariciones. Ni fray Juan de Zumárraga, testigo del milagro y uno de los protagonistas de la historia, las menciona en sus memorias. Es más, en un catecismo que publica en 1547, dice: «Ya no quiere el Redentor del mundo que se hagan milagros, porque no son menester». «El silencio del obispo es muy significativo», indica Poole, quien añade que, en



PATRONA DEL PAÍS. Antonio Ordóñez limpia una figura de la Virgen en una tienda de México. / AP



JUAN DIEGO. Óleo sobre tela anónimo del siglo XVIII. / EL CORREO

realidad, nadie escribe sobre las apariciones durante más de cien años. «Los primeros franciscanos llegan a Nueva España en 1524 y emprenden la evangelización en las lenguas nativas. Hasta 1648, se publican

muchos textos para convertir a los indios, pero en ninguno se citan».

Aunque los 'juandieguitas' consideran la rápida evangelización de los indígenas —se habría pasado de 250.000 bautizados en 1531 a 8 millo-

nes siete años después— consecuencia de las apariciones y prueba de su realidad, el padre Poole mantiene que ese alto ritmo de conversiones «es una leyenda. Las investigaciones indican lo contrario, que el progreso de las misiones en aquellos años fue muy lento». El historiador y paleógrafo ve la figura del vidente como «una ficción pía. De los más de cuarenta documentos que se dice que apoyan la existencia de Juan Diego, ninguno soporta una crítica histórica seria».

El culto mariano en el Tepeyac, donde los indígenas adoraron antes a la diosa azteca Tonantzin, se remonta a mediados del siglo XVI. «No podemos decir exactamente cuándo la Virgen sustituye a Tonantzin», reconoce Brading. Sin embargo, lo que sí saben los historiadores es que la ermita no se levantó en vida de Zumárraga. El primer arzobispo de Nueva España murió en 1548 y no la cita ni en su testamento, como era habitual. Las fuentes revelan que el templo se erigió en la década de 1500, en tiempos del sucesor de Zumárraga, fray Alonso de Montúfar, quien habría encargado la imagen a un pintor local.

La Virgen de los criollos

¿Cuál es el fin que, casi un siglo después, persiguen Miguel Sánchez y el autor del 'Nican Mopohua' al hablar de las apariciones y el vidente? «El de Sánchez es un libro de un teólogo, pero también de un propagandista», advierte Poole, para quien el presbítero «no sólo apoya a los criollos, considerados en la época ciudadanos de segunda, sino que va más allá. Los convierte en el nuevo pueblo elegido: son los únicos que tienen una imagen de la Virgen